

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

Lunes, 19 de Abril de 2010

## Sobre la pederastia en la Iglesia

Hoy me voy a pronunciar, con vuestro permiso, sobre las graves acusaciones e imputaciones que desde diferentes colectivos, y diferentes partes del mundo, se están vertiendo sobre la Iglesia Católica. No pretendo hacer un alegato en defensa de la Iglesia, lo quiero dejar bien claro antes de comenzar. Lo que pretendo, o por lo menos, lo voy a intentar, es describir e intentar hacer patente la falta de argumentos, y la poca consistencia que tienen estos “ataques”.

En estos momentos, es dominio de la opinión pública mundial que en el seno de la Iglesia Católica se han producido innumerables casos de pederastia. Casos que, en algunas ocasiones, llegan hasta nuestros días. La pederastia es un delito que está castigado penalmente, pero sobre todo es un delito moral. Quienes cometen este tipo de atrocidades, evidentemente reflejan una disfunción sexual que no está resuelta, una perversión sexual que se une a una perversión moral, contra la que, además, no muestran ningún tipo de pudor, y contra lo que su conciencia se ve incapaz de desechar. Son enfermos mentales, quizás los locos más peligrosos. Hacen pedazos la sexualidad de personas que aún están en proceso de formación. Han aparecido casos de sacerdotes, eclesiásticos y personas vinculadas a la Iglesia y sus organismos u organizaciones que han cometido este delito. Esos hechos son punibles, y deben ser denunciados sin ningún tipo de pudor por quienes han sido víctimas o lo son. Para ello hay tribunales de justicia, y es en esa dirección donde se deben dirigir las acciones, simplemente, porque es la única forma eficaz y efectiva de evitar que se multipliquen los casos de pederastia. Y sobre todo, porque es la justicia civil la que debe determinar el castigo a los delincuentes. La Iglesia debe reconocer, lo ha reconocido en innumerables ocasiones, y pienso que lo seguirá haciendo, que en su seno existen personajes de esta calaña. Es una lacra que existan, y debe tomar medidas efectivas y evidentes para que, en lo posible, no se vuelvan a repetir casos de este tipo. Pero lo que ya no es razonable, es culpar a la iglesia de estos delitos. En algunos medios de comunicación se está intentando hacer mucho ruido (demasiado) con este asunto. Sin embargo, solo es ruido. Se ha vinculado al propio papa Benedicto XVI con pederastas. Hay un excolaborador suyo que parece que pudo cometer agresiones sexuales a niños en Baviera hace años. Pero no solo no está demostrado eso, sino que, además, no está demostrado que lo hiciera cuando colaboraba con el Papa. Se ha querido hacer la siguiente regla de tres: dado que el Papa ha tenido colaboradores pederastas, él, o bien ha consentido la pederastia, o bien también la ha cometido. Es el mismo argumento que el siguiente: como el hermano de Pedro ha asesinado a cinco personas, él, que es de su sangre, también es un asesino. A mí no me parecen argumentos sólidos. Más bien, todo ello huele a una maniobra orquestada desde algunos sectores que o se pueden beneficiar, o no les viene mal que se desmorone o se destruya la Iglesia Católica. Al menos como institución.

Y ¿cómo he llegado a esa conclusión? Yo creo que es muy evidente. Hay que saber mirar todas las informaciones que vemos o leemos (periódicos, noticias, reportajes...). Cuando la información ya no es sólo información sino que está teñida por una opinión que persigue un fin o tiene un interés determinado, eso ya no es información, es publicidad. En el caso al que me refiero, es además, publicidad mal hecha, o poco elegante: es lo que se llamaba en los regímenes fascistas propaganda. Como dijo Goebbels, el ministro nazi de propaganda, difama que algo queda. Es evidente que la Iglesia Católica es una institución, quizá la que más prestigio e influencia tiene en todo el mundo. Al final todo se divide en áreas de influencia. Le pese a quien le pese, la Iglesia sigue siendo el punto fundamental al que la mayoría del mundo mira en cuestiones morales. Es cierto que hay algunos puntos en los que la Iglesia mantiene una actitud, cuanto menos, polémica. Estamos de acuerdo en que es un poder simbólico, arcaico y muy conservador. Estamos de acuerdo en que se ha visto salpicada por escándalos sexuales, de corrupción, y que, por ejemplo, todavía no está muy claro si el Papa Juan Pablo I murió de muerte natural o fue envenenado. Pero nos olvidamos de todo lo que representa y supone la Iglesia para el mundo y para nuestra civilización. Nos olvidamos de la labor misionera que cumple allí donde otras instituciones, otras religiones u otros gobiernos se niegan a intervenir. La Iglesia es rica, sí, puede ser. Pero está en los lugares más pobres del mundo ayudando, intentando paliar en la medida de lo posible, la situación de la gente que está condenada a vivir allí. La Iglesia no financia guerras civiles o vende armamento impunemente como lo hacen los gobiernos del primer mundo. Éstos, intervienen en las zonas más pobres del planeta no con una cruz y una Biblia, sino con metralletas, carros de combate y minas antipersona. Cuando, por ejemplo, Cooperación Española llevó miles de toneladas de alimento a Haití, ya había misioneros y organizaciones eclesiales que se habían movilizado. De hecho, estaban allí antes del terremoto. Los Estados necesitan, para su limpieza moral, apoyar y crear organismos que realicen acciones humanitarias. Ya hasta el Ejército las realiza. Pero la iglesia las viene realizando desde su propio nacimiento. Estoy seguro de que, de no ser por su labor asistencial, el cristianismo no hubiera triunfado, ni se hubiera erigido como la religión de occidente por antonomasia. Se ve siempre la paja en el ojo ajeno, mientras que en el propio no se ve la viga.

Yo solo sé que en todos sitios cuecen habas. Que en la Iglesia hay pederastas. Claro que los hay. Y hay que denunciarlos, y que caiga sobre ellos todo el peso de la justicia, que respondan de sus actos ante los tribunales y que no vuelvan a ejercer cargos eclesiásticos de por vida. Pero también los hay en otras instituciones. Los hay en centros de menores, en guarderías, en el seno de nuestra propia sociedad secularizada. Este hecho no tiene la publicidad, o propaganda, que se le está dando a los pederastas de la Iglesia. Pero es quizá más inquietante, porque además, suelen ser pederastas que usan Internet para difundir sus fechorías, que trascienden de esta forma el ámbito de lo personal e íntimo, y se crean auténticas redes de depravación y amoralidad. La mayoría de los casos que se han hecho públicos de pederastas eclesiásticos pertenecen a un pasado que es juzgable y que debe ser reparado. Muy pocos casos actuales han salido a la palestra dentro de la Iglesia. Sin embargo, a diario se desmantelan redes de pederastas informáticos. Pederastas que son los profesores y maestros de nuestros hijos. Pederastas que difunden imágenes de nuestros hijos por todo el mundo sin que nosotros lo sepamos. Esta lacra, como estoy intentando explicar, no es propia solo de la Iglesia. Pero además, son más recientes, más graves y más comunes los casos de pederastas seculares, que eclesiásticos en este momento. Hay congregaciones de cristianos protestantes, como los episcopalianos, los evangelistas, etc... que también han cometido este tipo de tropelías, y no tienen tanta publicidad. Hay casos de budistas, y sobre todo, islamistas, que cometen estas obscenidades, estos delitos, y no salen en diarios ni en boletines informativos. Y qué decir de las sectas milenaristas, las que predicán un próximo fin del mundo, muchas de ellas con fines lucrativos, y cuyos líderes lo único que pretendían era obtener sexo gratuito y dinero fácil.

Está de moda criticar, tachar, menospreciar o manchar la imagen de la Iglesia. Conozco a personas que, para no desentonar (no es que realmente piensen eso, pero hay que quedar bien delante de algunos), no dudan en verter más basura sobre la Iglesia. Yo puedo compartir algunas cosas con la Iglesia Católica, otras muchas, quienes me conocen lo saben, no las comparto. Puede que sea fruto de mi formación como historiador, de un convencimiento personal, eso da igual. Pero contra hechos no hay argumentos. Y es indudable que la Iglesia Católica es la institución más influyente de occidente. Occidente, nuestra cultura, no sería tal sin los dos milenios de cristianismo que nos contemplan. Yo creo en la renovación institucional, moral, dogmática de la Iglesia católica. Y sé también que si no se renueva, cumplirá la profecía de San Malaquías y morirá cuando llegue el último Papa, que sería el próximo. Yo soy el más crítico de entre los críticos de esta Iglesia. Pero hay que hacer críticas con fundamento y argumentos. La descalificación o la crítica gratuita refleja un odio o una impotencia que se hace bastante evidente. Y eso ni es serio ni es elegante.